

SIETE ARTICULOS DE ENGELS SOBRE EL TOMO PRIMERO DE “EL CAPITAL”

INTRODUCCION

por ERNST CZOBE ¹

El lector de la correspondencia cruzada entre Marx y Engels de las cartas de Marx a Kugelmann no ignora que, con conocimiento de Marx y ayudado por él, Engels escribió varias notas bibliográficas sobre el tomo primero de *El Capital* con el objeto de estimular un poco el “éxito” de la obra.

Marx cifraba grandes esperanzas en la aparición de *El Capital*. Era mucho lo que representaba para él y para la prosecución de sus estudios e investigaciones el éxito de esta obra, publicada después de muchas penalidades y anunciada desde hacía ya tantos años.

Pese a todo su optimismo, sabía muy bien que no debía hacerse ilusiones respecto al éxito “espontáneo” de su libro. Tenía la experiencia amarga de la acogida dispensada a su obra *Contribución a la Crítica de la Economía política*, al ver la luz en 1859. Esta obra, precursora de *El Capital*, fue enterrada literalmente en el silencio por la “canalla de los literatos alemanes” (carta de Marx a Kugelmann, 28 diciembre 1862). Sólo tenemos noticia de dos notas bibliográficas en que se comentase la aparición de este libro. Una de ellas vio la luz en un periódico alemán de Norteamérica. La otra, en una hojilla de emigrados que se publicaba en Londres y sobre la que Marx influía mucho personalmente: el *Volk*; esta segunda nota bibliográfica fue redactada por Engels a instancia de Marx (carta de Marx a Engels, 18 julio 1859).

La economía oficial no ha sabido oponer nada a esta obra: así caracterizaba Engels más tarde el silencio absoluto de los “sabios profesionales” ante la *Contribución a la Crítica*.²

Había que evitar a todo trance que ocurriera lo mismo con *El Capital*. Para Marx, el “éxito” de su obra representaba muchas cosas: no sólo el reconocimiento científico del valor de sus estudios, sino también una venta rápida del libro, la perspectiva de una segunda edición, la traducción de la obra al inglés y al francés, la consolidación de sus condiciones financieras, bases todas para la preparación y edición de los tomos segundo, tercero y cuarto de *El Capital*, cuyos originales, como es sabido, existían ya en gran parte, por aquel entonces, en la misma forma en que Engels habría de encontrarlos a la muerte de Marx.

De las notas bibliográficas escritas por Engels acerca del primer tomo de *El Capital*, para estimular la buena acogida de la obra, y que él y Marx, por medio de sus amigos y de los amigos

de sus amigos, se esforzaron en dar a la publicidad en diversos periódicos y revistas, reproducimos más abajo siete. Salvo una, todas ellas vieron la luz en vida de su autor. El trabajo que figura con el número VII es un artículo redactado también por Engels para un órgano obrero, el periódico que en Alemania dirigía Guillermo Liebknecht; constituye el primer ensayo certero en que se ponen al alcance del público obrero algunas de las enseñanzas fundamentales de *El Capital*, principalmente las teorías de la plusvalía y de la acumulación. Ninguno de estos trabajos fueron reproducidos desde entonces.³

Teóricamente, estas notas bibliográficas no contienen nada nuevo, ni su contenido requiere tampoco mayores comentarios. Se desenvuelven casi todas ellas –a veces con reservas tácticas y con latente ironía– bajo el signo de la *captatio benevolentiae* (35) del público a quien se destinaban; así deben ser interpretadas, por ejemplo, las mordaces alusiones a Lassalle, que reflejan, por supuesto, el verdadero criterio del autor de estos artículos, a la “literatura socialdemócrata tan en boga” (II), a los “socialistas vulgares” y a “todo ese socialismo de profesión”, es decir, a todo el utopismo. Engels se esfuerza, empleando para ello los más diversos tonos, en hacer hablar a los “portavoces cultos y no cultos de la burguesía alemana”.⁴ Algo de lo que Engels apunta aquí, hablando del nivel de la ciencia económica en Alemania (véase, principalmente, I), aparece expresado también, aunque de un modo más amplio y más profundo, en el “Postfacio” de Marx a la segunda edición del tomo primero (fechado el 24 de enero de 1873).

Los artículos bibliográficos publicados en el transcurso del año 1867 fueron todos redactados por Engels, salvo uno, que escribió Kugelmann. En el número de enero de su *Vorbote*, J. Ph. Becker caracteriza muy exactamente estas notas –naturalmente, sin saber que se trataba de artículos salidos de la pluma de Engels– al decir, refiriéndose a la buena acogida dispensada a *El Capital*, que las críticas reconocen sin disputa el valor científico de la obra, aunque “se esfuerzan en sacar de los hechos establecidos en ella conclusiones distintas a las del autor”.⁵ Al siguiente año comienzan a aparecer ya críticas espontáneas. Su número no es grande; sin embargo, el siguiente cuadro orientará al lector acerca del número y autores de las notas bibliográficas que vieron la luz hasta el otoño de 1868:

1. <i>Die Zukunft</i> . ⁶ Berlín 30 octubre 1867; núm. 254, suplemento.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann y Liebknecht (<i>infra</i> , I).
2. <i>Elberfelder Zeitung</i> 2 noviembre 1867; núm. 302.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel (<i>infra</i> , III).
3. <i>Deutsche Voltaszeitung</i> , órgano del Partido alemán y de los intereses especiales de Hannover, 10 noviembre 1867.	Firmado: K. Redactado por Kugelmann.
4. <i>Dusseldorfer Zeitung</i> , 17 noviembre 1867; núm. 316.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel (<i>infra</i> , IV).

5. <i>Barmer Zeitung</i> , 17 de noviembre de 1867; núm. 316.	Firmado: S. Redactado por Siebel.
6. <i>Der Beobachter</i> , ⁷ periódico popular de Suabia. Stuttgart, 27 diciembre 1867; núm. 303; folletón.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann (<i>infra</i> , V).
7. <i>Staatsanzeiger für Württemberg</i> . Suplemento: “Gewerbeblatt aus Württemberg”, 27 diciembre 1867; núm. 306.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann (<i>infra</i> VI).
8. <i>Frankfurter Borsenzeitung</i> , fines de 1867. ⁸	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
9. <i>Ergänzungsblätter zur Kenntnis der Gegenwart</i> , revista mensual. Hildburghausen, t. 3, 1868.	Autor: Eugen Duhring.
10. <i>Der Sozial-Demokrat</i> , edit. Por J. B. Schweitzer y J. B. Von Hofstetten, Berlín. Diez artículos, desde núm. 10, de 22 enero 1868 hasta núm. 49, de 24 abril 1868.	Autor: J. B. Schweitzer.
11. <i>Borsenhalle</i> , Hamburgo. Periódico de la noche para el Comercio, la Navegación y la Política. 14 febrero 1868; núm. 17348.	Anónimo. ⁹ A iniciativa de Meissner.
12. <i>Rhein-und Ruhrzeitung</i> , Duisburg, marzo 1868. ¹⁰	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
13. <i>Demokratisches Wochenblatt</i> dirig. por G. Liebknecht, Leipzig. 21 marzo 1868 (núm. 12), 28 marzo 1868 (núm. 13). ¹¹	Anónimo. Redactado por Engels. (<i>infra</i> , VII).
14. Un periódico de Mannheim, ¹² hacia abril de 1868.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
15. <i>Vierteljahrsschrift für Volkswirtschaft und Kulturgeschichte</i> , dirig. por Julius Faucher, Berlín. Año V (t. 20), 1867. Publicado en junio 1868.	Firmado: 1. Autor: J. Faucher.
16. <i>Elberfelder Zeitung</i> , 17, 20, 23, 25, 27 junio y 2, 3, julio 1868.	Firmado: E. F. S. Friedrich Schnacke. ¹³
17. <i>Hannoverscher Courier</i> , 4 junio 1868; 4322, suplemento.	Anónimo. Redactado por Engels. (Coincide totalmente con núm. VI, <i>infra</i>).
18. <i>Literarisches Zentralblatt</i> , Berlín 24 julio 1868; núm. 28.	Firmado: h.

19. <i>Demokratisches Wochenblatt</i> , dirigida por G. Liebknecht, Leipzig 1, 22, 29 agosto, 5 septiembre 1868; núms. 31, 34, 35, 36.	Autor: Josef Dietzgen.
--	------------------------

Esta relación no es, indudablemente, completa. Está formada a base de las cartas cruzadas entre Marx y Engels, y aquél y su amigo Kugelmann, de las que no siempre se deduce con claridad si las notas bibliográficas enviadas o gestionadas llegaron o no a ver la luz; en ciertos casos, no nos ha sido posible, por razones materiales, consultar los periódicos aludidos. Sin embargo, como Marx, Engels y Kugelmann y el editor Meissner seguían atentamente todo lo que se publicaba en la prensa acerca de *El Capital*, teniéndose al corriente entre sí, hay que suponer que ninguna crítica de importancia habrá escapado a su vigilante atención.

De las veinte notas bibliográficas que aproximadamente llegaron a ver la luz hasta el otoño del 1868,¹⁴ diez por lo menos –de las cuales solamente una se publicó en un periódico obrero– proceden de la pluma de Engels.

Entre los representantes alemanes un poco destacados de la ciencia económica, el único que se dignó enjuiciar públicamente *El Capital* fue Faucher. Su crítica, muy parcial, apareció en la revista por él dirigida, órgano científico de los manchesterianos alemanes (núm. 15 de nuestra lista). El autor de esta crítica bibliográfica presenta a Marx como un discípulo descarriado de Bastiat. A pesar del poco valor de la crítica y de su parcialidad, a Marx: le produjo gran alegría, como síntoma de que los economistas profesionales comenzaban ya, por fin, a volcar su indignación.¹⁵ Pero su creencia era ilusoria. Fuera de Faucher– y ya medio año antes que él–, el único “especialista” que publicó una nota bibliográfica sobre *El Capital*, antes del otoño de 1868, fue Dühring, un profesor de la universidad de Berlín, situado al margen de la ciencia académica.¹⁶

En general, el “éxito literario” alcanzado en Alemania por el tomo primero de *El Capital* fue bastante débil y la acogida que se le dispensó muy tibia. El número de críticas que se publicaron fue reducido y los periódicos en que vieron la luz eran publicaciones de importancia puramente local, o bien –como ocurría con los periódicos obreros– órganos ajenos a los sectores de la “gente culta”, del público solvente con posibilidades económicas para comprar la obra. “Los grandes periódicos burgueses y reaccionarios, tales como la *Kölnische*, la *Augsburger*, la *Neue Preussische*, la *Vossische*, etc., guardaban un “prudente silencio”.¹⁷ No se produjo, ni mucho menos, la “sensación,” y no digamos la “gran sensación”, que Engels esperaba ni se armó en torno a la obra el “ruido” que hubiera deseado Marx.

Como es lógico, la venta de la obra se desarrollaba lentamente, a pesar de la gran propaganda que algunos amigos, sobre todo Kugelmann, hacían de palabra y por escrito para impulsar la difusión del libro en sus medios. Donde mejor se vendía la obra, relativamente, era en Hannover. “Si en todas las ciudades importantes– escribía Meissner a Marx (21 agosto 1868), refiriéndose a Kugelmann– tuviésemos tan buenos agentes, pronto podríamos hacer una nueva edición”. El primer año de venta no arrojó aún ningún beneficio, y como Marx, en su contrato con el editor, no se había reservado ninguna cantidad fija, sino la mitad de las ganancias líquidas,

al hacerse la liquidación del primer año no percibió nada. El editor le informo de este deplorable resultado avergonzado y con un poco de miedo. Los gastos excedían de los ingresos en unos 240 táleros. Confiaba en que podría comunicarle alguna noticia mejor después de la próxima feria, “pero, aunque de buena gana lo habría evitado, no tengo más remedio que exponerle la dura verdad”.¹⁸ La explicación de la lentitud con que se vendía la obra había que buscarla, según el editor, no sólo en el “difícil contenido” y en la gran extensión del libro, sino en la insuficiencia de la crítica. “A pesar de toda su buena voluntad, nuestros amigos no han sabido abrir el apetito a la gente.”¹⁹ Hasta el año 1869 no se logró alguna ganancia. Sin embargo, con ser tan reducida la edición ²⁰ quedaban todavía 308 ejemplares en el almacén. Durante todo el año 1870, no se vendieron más que 50 ejemplares. El año de la Comuna de París hizo subir la venta de tal modo, que el 28 de noviembre de 1871 el editor pudo comunicar a Marx “la grata noticia” de que la primera edición estaba casi –salvo unos 50 ejemplares– agotada, haciéndose necesario emprender los trabajos para una segunda edición que debería comenzar a tirarse “ya en enero de 1872”.²¹ La parte que a Marx le correspondió en las ganancias y que le fue abonada en tres veces, según las liquidaciones anuales de 1870, 1871 y 1872, ascendía a un total de unos 400 táleros, equivalentes a 60 libras esterlinas, cantidad que él ganaba en menos de tres meses como corresponsal de la *New York Daily Tribune*.

El propio Marx hace constar, en una carta a Kugelmann, que a pesar de los esfuerzos de sus amigos, el éxito literario y financiero de la obra no había respondido, ni con mucho, a sus esperanzas: “la cobardía de los mandarines especialistas”, que no se atrevían a exteriorizar su parecer, y “la conspiración del silencio urdida por la prensa burguesa y reaccionaria”, le producían “gran quebranto”²² Pero no tardó en adaptarse a la realidad. Después de aparecer la crítica de Dühring, publicada en una revista de vulgarización científica, y los artículos de su “enemigo personal” Schweitzer, escribía a Engels que había que dejar ya “a los alemanes en paz” y preocuparse más de las críticas inglesas.²³ Marx se daba por contento con la situación, que Engels resumía en los siguientes términos, después de ver la luz la crítica de Faucher, el artículo de Schnacke en la *Elberfelder Zeitung* y la nota bibliográfica publicada en el *Literarisches Zentralblatt*: “El silencio mortal está ya vencido y ahora la cosa llevará una marcha segura, aunque lenta.”²⁴ En una carta a Kugelmann, dos meses después, Marx habla del “buen estado de las cosas”, “en lo que se refiere a la propaganda que se ha hecho por mi obra y a la acogida que ésta ha encontrado por parte de los obreros alemanes”²⁵

Razón tenía Marx al invocar la acogida dispensada a su obra por los obreros alemanes. Contrastando con la actitud ignorante u hostil adoptada por los representantes de la ciencia oficial y los órganos de la opinión pública burguesa, los líderes y publicistas de la clase obrera alemana saludaron con gran entusiasmo la aparición de *El Capital* y supieron asimilarse y propagar rápidamente sus ideas fundamentales, aprovechando para la labor de agitación la gran riqueza de materiales que el libro encerraba. Las grandes masas del proletariado carecían de la preparación necesaria para llegar a dominar científicamente la obra. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que *El Capital* no comenzase a surtir efecto rápidamente entre las masas obreras influidas por el trabajo socialista de propaganda y organización. Las ideas fundamentales del libro de Marx no tardaron en trasplantarse a los discursos de los oradores y a los artículos de los publicistas de

la clase obrera, penetrando indirectamente, por cientos y miles de canales, en la conciencia de las masas.

El viejo publicista obrero J. Ph. Becker formuló en el *Vorbote* el siguiente voto: “Ayudaremos con todas nuestras fuerzas a convertir en patrimonio común de todos los oprimidos y desheredados los tesoros aquí [en *El Capital*] descubiertos.”²⁶ Los jefes de los dos partidos obreros alemanes, que tan sañudamente se combatían el uno al otro, rivalizaban en su celo por propagar la obra de Marx. El órgano de Liebknecht, el *Demokratisches Wochenblatt*, reprodujo el prólogo e inserté, además de varios extractos y noticias sobre el libro, los dos artículos de Engels, el brillante estudio de Dietzgen (en cuatro partes) y la biografía que Engels hizo de Marx.²⁷ En el quinto Congreso de las Asociaciones de obreros alemanes celebrado en Nuremberg (5– 7 septiembre 1868), en el debate sobre el programa, tanto Schweitzer como Liebknecht sacaron argumentos de *El Capital*, “ante cuya argumentación enmudece impotente la ciencia económica de la burguesía”. El “cabecilla lassalleano” Schweitzer publicó en el órgano de la Asociación General de Obreros alemanes, en diez artículos editoriales, extractos de la obra de Marx, proclamando que esta obra “sería objeto de atención mientras el mundo posea una ciencia económica”.²⁸ Marx fue invitado como huésped de honor a la asamblea general de la Asociación, convocada en Hamburgo para los días 2 a 25 de agosto de 1868. En la carta de invitación, fechada el 6 de julio, carta que hubo de dar la vuelta a Alemania para recoger las firmas de los veinte vocales de la junta directiva, se invocan como razón en apoyo de este honor especial los méritos verdaderamente extraordinarios” que la obra de Marx encierra “para la causa obrera”. La asamblea general “recibió con aplausos la contestación de Marx, leída por Schweitzer.”²⁹ En su discurso de apertura (24 de agosto), Schweitzer habló de *El Capital* –según reza el acta de la sesión– “en términos muy elogiosos, diciendo que en la obra se ponen de relieve, con lógica irrefutable, el sistema y la miseria del actual régimen de producción”. En la segunda sesión pública, celebrada el 25 de agosto, Guillermo Bracke habló acerca de “La obra de Carlos Marx”.

Esta “acogida dispensada por los obreros alemanes” a *El Capital* influyó también, indudablemente, en la venta de la obra. Teniendo en cuenta precisamente el interés de los obreros, Meissner hizo en 1872 una tirada mucho más grande que la primera. Al comunicar a Marx que de esta segunda edición se proponía tirar 3,000 ejemplares, añadía: “Para ello, tengo en cuenta principalmente a los obreros, entre los que creo poder colocar unos mil ejemplares.”³⁰

En las Palabras finales a esta segunda edición, Marx pudo ya decir, volviendo la vista a los años anteriores: “La rápida comprensión que *El Capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana, es la mejor recompensa que podía apetecer para mi trabajo.” Palabras que resultan todavía más exactas si se las proyecta sobre el porvenir. A medida que el proletariado se iba asimilando las “conclusiones tendenciosas” de *El Capital*, iba convirtiéndose también en el eje del éxito de la obra, del éxito científico literario y del “éxito” material. El segundo no llegó a disfrutarlo ya el autor, pero el libro sí lo alcanzó, y en proporciones gigantescas. Las vicisitudes y el triunfo de *El Capital* rebasan el concepto de lo que se entiende por “éxito”. En la primera fase de este gran proceso histórico, es indudable que los artículos de Engels cumplieron su misión: dieron su primer impulso a la difusión del libro y alegraron muchas horas del hombre que habla consagrado a esta obra “la salud, la dicha y la familia.”³¹

I

Es un hecho entristecedor para cualquier alemán lo poco que nuestro pueblo, el pueblo de los pensadores, ha producido hasta hoy en el campo de la economía política: nuestros prestigios en esta ciencia son, en el mejor de los casos, simples compiladores como Rau y Roscher. Los que aportan algo original profesan el proteccionismo, como Liszt (de quien, por lo demás, se dice que ha plagiado a un francés), o el socialismo, como ocurre con Rodbertus y Marx. Tal parece como si nuestra economía política ortodoxa se empeñase en empujar hacia el campo socialista a cuantos toman en serio la ciencia económica. Ya hemos visto cómo toda la economía oficial se atrevió a negar frente a un Lassalle la vieja y conocida ley de la determinación del salario, dejando a Lassalle la tarea de defender a hombres como Ricardo contra los ataques de los Schulze–Delitzsch y otros. Desgraciadamente, nadie podría negar quiera enfrentarse en el plano científico con un Lassalle y que –por mucho respeto que sus aspiraciones prácticas puedan merecernos– no aciertan a desembarazarse del reproche de que toda su ciencia se reduce a diluir las armonías de un Bastiat, con las que se esfuman todas las contradicciones y dificultades. Se eleva a los altares a Bastiat y se reniega de Ricardo: ¡he ahí la economía alemana oficial de nuestros días! Pero no debemos sorprendernos demasiado de que así sea. Por desdicha, en Alemania la economía es una materia que a nadie interesa como ciencia; los que estudian economía, lo hacen para ganarse la vida, como materia de examen para ingresar en la administración pública o para pertrecharse con las armas más superficiales que pueda imaginarse con vistas a la agitación política. ¿Dónde está la raíz de este mal? ¿En la desintegración de Alemania, como estado? ¿En el carácter, tan rudimentario todavía, desgraciadamente, de nuestra industria? ¿O en nuestra tradicional mediatización por el extranjero, en el campo de los estudios económicos?

En estas condiciones, es grato encontrarse con un libro como este que comentamos, en el que el autor compara con indignación esa economía aguada ahora en boga y que él, muy acertadamente, llama “economía vulgar”, con los que fueron sus precursores clásicos, hasta Ricardo y Sismondi, y adopta también frente a éstos una actitud crítica, pero procurando no desviarse jamás de una línea de rigurosa investigación crítica. Los anteriores escritos de Marx, sobre todo el publicado en 1859 por la editorial Duncker, de Berlín, sobre la naturaleza del dinero, se caracterizaban ya por su espíritu rigurosamente científico, a la par que por su crítica despiadada; hasta hoy, que nosotros sepamos, la economía oficial alemana no ha podido oponer nada a estas investigaciones.

Y si esto ocurrió con aquella obra, ¿qué sucederá ahora con esta otra, dedicada al capital y que abarca 49 pliegos? Entendámonos. No queremos decir que las deducciones de este libro sean inatacables, ni que Marx haya aportado pruebas definitivas en apoyo de sus conclusiones; afirmamos únicamente que, a nuestro modo de ver, no habrá entre los economistas alemanes ni uno solo capaz de refutarlas. Las investigaciones que se contienen en este libro son de una agudeza científica incomparable. Señalemos ante todo la armazón artística, dialéctica, en que descansa toda la obra, el modo cómo dentro del concepto de la mercancía se presenta ya el dinero en existencia virtual y cómo del dinero se desarrolla el capital. Confesemos que el nuevo concepto de la *plusvalía*, descubierto por el autor, representa, a nuestro entender, un gran progreso; que no se nos alcanza que pueda objetarse nada contra la tesis de que lo que en el mercado se cotiza como una mercancía no es precisamente el *trabajo*, sino la *fuerza* de trabajo;

que la enmienda hecha por el autor a la ley ricardiana de la cuota de ganancia (al sustituir este concepto por el de plusvalía) es totalmente exacta, a nuestro parecer. Hemos de reconocer que encontramos muy acertado el sentido histórico que inspira toda la obra y con arreglo al cual el autor se abstiene de concebir las leyes económicas como verdades eternas y se limita a ver en ellas el reflejo de las condiciones de vida de ciertos estados sociales transitorios. Sería inútil, desgraciadamente, que buscásemos en los libros de nuestros economistas oficiales la erudición y la agudeza con que aquí se exponen, desde este punto de vista, los diversos estados sociales históricos y sus respectivas condiciones de existencia. Investigaciones como las que aquí se desarrollan sobre las condiciones y leyes económicas de la esclavitud, de las diversas formas de la servidumbre y sobre el origen de los obreros libres, no tienen precedente, hasta hoy, en las obras de nuestros economistas profesionales. También nos gustaría conocer la opinión de estos señores acerca del estudio que aquí se hace de la cooperación, la división del trabajo y la manufactura, el maquinismo y la gran industria, en sus conexiones y en sus resultados históricos y económicos. Es indudable que en esta obra pueden aprender muchas cosas nuevas. ¿Y qué decir sobre todo acerca del hecho –que no se compadece con ninguna de las teorías tradicionales sobre la libre concurrencia y que, sin embargo, aparece aquí documentado con datos oficiales– de que en Inglaterra, patria de la libre concurrencia, no exista ya apenas una sola rama de trabajo en la que no intervenga el Estado para fijar la duración de la jornada de trabajo y que no se halle bajo la mirada escrutadora del inspector fabril? ¿Y con respecto al hecho comprobado de que, pese a esto, al paso que la jornada de trabajo se reduce, no sólo sube el nivel de las distintas ramas industriales, sino que el obrero individual fabrica más artículos que antes en el mismo tiempo?

Hay que reconocer, desgraciadamente, que el tono bastante duro que el autor emplea al referirse a los economistas oficiales alemanes está justificado. Todos ellos se hallan encuadrados, quien más quien menos, en el marco de la “economía vulgar”; todos, dejándose arrastrar por la popularidad de un día, han prostituido su ciencia y renegado de sus corifeos clásicos. Nos hablan de “armonía” y se mueven dentro de las más triviales contradicciones. ¡Ojalá que el fuerte aldabonazo de este libro sirva para sacarlos de su letargo y les recuerde que la economía no es precisamente una vaca lechera para ordeñarla, sino una ciencia que impone a quien la profesa un culto serio y celoso!

(Publicado en “Die Zukunft”, Berlín 30 octubre
1867, núm. 254, suplemento.)¹

II

El sufragio universal ha incorporado al cuadro de nuestros partidos parlamentarios tradicionales un nuevo partido: el partido *socialdemócrata*. En las últimas elecciones al parlamento de la Alemania del Norte, este partido ha proclamado candidatos propios en la mayoría de las grandes ciudades, en todos los centros fabriles, ha logrado sacar triunfantes de las urnas seis u ocho diputados.

Si comparamos este resultado con los de las elecciones anteriores, vemos que el nuevo partido se ha fortalecido considerablemente, existiendo por tanto razones para presumir que, por lo menos, seguirá desarrollándose en lo sucesivo. Sería una necedad el obstinarse en seguir envolviendo en un silencio elegante la existencia, la actuación y las doctrinas de este partido, en un país en que el sufragio universal ha concedido la última palabra a las clases más numerosas y más pobres de la nación.

Por muchas que sean las fracciones en que se dividan y dispersen los pocos parlamentarios socialdemócratas triunfantes, bien podemos asegurar que todas ellas acogerán el libro que reseñamos como su *Biblia teórica*, como el arsenal en el que pueden pertrecharse con sus mejores argumentos. Aunque sólo fuese por esto, merecería ser examinada atentamente la obra a que nos estamos refiriendo, Pero este libro está llamado, además, a producir sensación por su contenido. Los principales argumentos de *Lassalle* –quien en materia de economía política. no era mas que un discípulo de Marx– limitábanse a repetir insistentemente la llamada ley ricardiana del salario. En la obra que comentamos se estudian, con una erudición verdaderamente extraordinaria, todas las relaciones entre el capital y el trabajo, en conexión con toda la ciencia económica. El fin último que esta obra persigue es el de “descubrir la *ley económica por la que se rige* la dinámica de la sociedad moderna”, para llegar, después de una serie de investigaciones innegablemente sinceras y basadas en un conocimiento indiscutible de la materia, al resultado de que es necesario abolir todo el “régimen capitalista de producción”. Pero, independientemente de las conclusiones finales de la obra, queremos insistir de un modo especial en que a lo largo de ella, se estudia toda una serie de problemas fundamentales de la economía desde puntos de vista totalmente nuevos y se llega, con un planteamiento rigurosamente científico de esos problemas, a conclusiones que difieren notablemente de las mantenidas hasta por la economía en boga y que los economistas profesionales tendrán que analizar en un plano crítico serio y refutarlas científicamente, sí no quieren que se vengán a tierra todas sus doctrinas anteriores. Hay que desear, en interés de la ciencia, que en la literatura especializada se abra debate sin pérdida de momento sobre los puntos aquí tratados.

Marx empieza exponiendo las relaciones entre mercancía y dinero, aunque la parte sustancial de este estudio había sido publicada ya por él en una obra especial, aparecida hace bastante tiempo. De aquí pasa al capital y enseguida nos vemos situados en el punto álgido de la obra. ¿Qué es capital? Dinero que se convierte en mercancías, para luego, arrancando de éstas, volver a convertirse en más dinero del que representaba la suma original. Si compro algodón por 100 táleros y luego lo vendo por 110, mis 100 táleros funcionan como capital, como valor que engendra por si mismo nuevo valor. Ahora bien, ¿de dónde salen los 10 táleros que gano en esta operación? ¿Cómo se explica que, por un simple cambio doble, los 100 táleros se conviertan en 110? La economía parte, en efecto, del supuesto de que en los cambios se truecan siempre valores iguales. Marx examina todos los casos posibles (oscilaciones de los precios de las mercancías, etc.), para probar que, si esta premisa de que parte la economía fuese cierta, sería imposible que los 100 táleros primitivos arrojasen 10 táleros de *plusvalía*. Y sin embargo, esta operación se realiza diariamente, sin que los economistas hayan sabido darnos hasta ahora una explicación de ella. Es Marx quien nos da esta explicación, en los términos siguientes. El enigma –nos dice– sólo puede resolverse descubriendo en el mercado una mercancía de naturaleza

especial, cuyo valor de uso consista precisamente en crear valor de cambio. Esta mercancía existe, en realidad: es la *fuerza de trabajo*. El capitalista compra la fuerza de trabajo en el mercado y la pone a trabajar a su servicio, para vender luego su producto. Lo primero es, por tanto, investigar la fuerza de trabajo.

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? Es, según la conocidísima ley, el valor de los medios de vida necesarios para que el obrero se sustente y perpetúe, dentro de las condiciones históricas concretas de un país y una época dados. Partimos del supuesto de que al obrero se le retribuye la fuerza de trabajo por su valor íntegro. Supongamos, además, que este valor se traduce en un trabajo de seis horas diarias o de medía jornada de trabajo. El capitalista, sin embargo, afirma que él ha comprado la fuerza de trabajo para toda la jornada y hace que el obrero trabaje doce o más horas. Por tanto, suponiendo que la jornada de trabajo dure doce horas, el capitalista obtiene el producto de seis horas diarias de trabajo sin pagar nada por él. De donde Marx deduce que *toda plusvalía* –cualquiera que sea el modo cómo se distribuya, en forma de ganancia del capitalista, de renta del suelo, de impuestos, etc.– *es trabajo no retribuido*.

El antagonismo entre el interés del fabricante, que estriba en arrancar dentro de la jornada la mayor cantidad posible de trabajo no retribuido, y el interés del obrero, que consiste en lo contrario, provoca la lucha existente en torno a la duración de la jornada de trabajo. En una ilustración histórica muy interesante, que ocupa unas cien páginas de su obra, describe Marx la trayectoria de esta lucha en la gran industria inglesa, lucha que, pese a las protestas de los fabricantes librecambistas, condujo en la primavera pasada a la promulgación de una ley fabril implantando la jornada máxima de trabajo de diez horas y media para las mujeres y los jóvenes menores de 18 años– lo que, indirectamente, afecta también a los adultos en las ramas industriales más importantes– y haciendo extensiva esta restricción a toda la grande y pequeña industria e incluso a la industria casera. Esta medida, según demuestra el autor, lejos de perjudicar a la industria inglesa, la ha beneficiado, pues con ello se hacía que el trabajo del obrero individual ganase en intensidad más de lo que perdía en duración.

La prolongación de la jornada de trabajo más tiempo del necesario para producir los medios de vida indispensables o su valor no es, en efecto, el único medio de aumentar la plusvalía. Según nuestra hipótesis anterior, una jornada concreta de trabajo, de doce horas supongamos, encierra seis horas de trabajo necesario y seis horas de trabajo creador de plusvalía. Pues bien, sí por cualquier medio se consigue reducir el trabajo necesario a cinco horas, las dedicadas a producir plusvalía aumentarán a siete. ¿Cómo puede lograrse esto? Acortando el tiempo de trabajo indispensable para la producción de los medios de vida necesarios o, dicho en otros términos, abaratando los medios de vida, lo que, a su vez, se consigue introduciendo ciertas mejoras en su producción. Al llegar a este punto, Marx vuelve a ilustrar profusamente su investigación y analiza o describe los tres métodos fundamentales con ayuda de los cuales se pueden introducir esas mejoras: 1) la *cooperación* o multiplicación de las fuerzas, que se consigue mediante la colaboración simultánea de muchos con arreglo a un plan; 2) la *división del trabajo*, tal como se desarrolló durante el período propiamente manufacturero (hasta 1770, aproximadamente); y, finalmente, 3) la *maquinaria*, con ayuda de la cual se viene desenvolviendo desde aquella época

la gran industria. Estas descripciones son también del mayor interés y revelan un conocimiento asombroso de la materia, que llega hasta a los más pequeños detalles tecnológicos.

No podemos entrar aquí en el pormenor de las investigaciones que en esta obra se contienen acerca de la plusvalía y el salario. Diremos tan sólo, para evitar equívocos, que, como Marx demuestra apoyándose en gran abundancia de citas, la economía profesional no ignora tampoco que el salario es inferior al producto íntegro del trabajo. Es de esperar que este libro brinde a los señores profesores una oportunidad para que nos ilustren un poco más a fondo acerca de este punto, harto sorprendente por cierto. Todos los materiales de documentación aportados por Marx provienen, y ello es muy plausible, de las mejores fuentes; la mayoría de ellos están tomados de informes parlamentarios oficiales. Y aprovechamos la ocasión para apoyar desde aquí la propuesta que el autor formula indirectamente en el prólogo a su obra: que en Alemania se proceda también a investigar concienzudamente, por medio de, comisarios del gobierno —pero que no sean burócratas parciales— las condiciones de trabajo imperantes en las diversas industrias, sometiendo sus informes al parlamento y al público en general.

El primer tomo de la obra que comentamos termina con el estudio de la acumulación del capital. Es este punto acerca del cual se ha escrito ya bastante, aunque hay que reconocer que también en este aspecto aporta muchas cosas nuevas la obra a que nos referimos, al presentar desde nuevos puntos de vista muchos de los problemas estudiados ya por otros autores. Lo más característico de esta parte de la obra es la tesis, que el autor se esfuerza en demostrar, de que, a la par con la concentración y acumulación del capital y al unísono con ella, se desarrolla la acumulación de una población obrera sobrante y de que ambas tendencias acaban haciendo, por una parte necesaria y por otra parte posible, una transformación social.

Cualquiera que sea la opinión que el lector se forme de las ideas socialistas sustentadas por el autor, creemos haber demostrado con lo dicho que tenemos ante nosotros un libro cuya importancia se destaca muy por encima de la literatura social democrática corriente. Añadiremos que, aparte de las primeras 40 páginas, en que se desarrollan doctrinas un poco profundas por su forma dialéctica, la obra, pese a su rigor científico, es de fácil inteligencia, y el estilo sarcástico del autor, que no perdona nada ni a nadie, la hace todavía más interesante.

(*Manuscrito inédito.*)

III

¡Cincuenta pliegos de erudición para demostrarnos que todo el capital de nuestros banqueros, comerciantes, fabricantes y grandes terratenientes no es más que trabajo acumulado, trabajo arrancado sin retribución a la clase obrera! Recordamos que en el año 1848 un periódico, la *Neue Rheinische Zeitung*, formuló en nombre de los campesinos de Silesia la reivindicación de los “mil millones silesianos”. En mil millones de táleros se calculaba, en efecto, la suma estafada solamente a los campesinos de Silesia al abolirse la servidumbre y las prestaciones feudales, para metérsela en el bolsillo a los grandes terratenientes; era la suma que el periódico reclamaba para aquellos campesinos. Estos señores de la *Neue Rheinische Zeitung* son como la bienaventurada Sibila, con sus Libros: cuanto menos les dan, más piden. Pues ¿qué son mil millones de táleros al lado de la gigantesca reivindicación formulada en nombre de toda la clase obrera por el libro cuya aparición reseñamos? Es así, indudablemente, como debemos interpretar el sentido que lo

informa. Si todo el capital acumulado en manos de la clase poseedora no es más que “trabajo no retribuido”, ¿no va implícita ya en esta sola afirmación la exigencia de que se le retribuya todo junto a quien lo rindió, es decir, de que se devuelva al trabajo, de donde salió, todo ese capital dudosamente acumulado? Claro está que, para ello, habría que saber ante todo *quién* tendría títulos de legitimidad para hacerse cargo de toda esta riqueza.

Pero, hablando en serio. Por muy radical y muy socialista que sea la manera de este libro a que nos estamos refiriendo; por muy cruel e implacable que sea su actitud ante gentes consideradas hasta aquí por todo el mundo como autoridades, tenemos que reconocer que se trata de una obra extraordinariamente profunda y de riguroso carácter científico. La prensa ha anunciado repetidas veces el propósito de Marx de recoger en una crítica de toda la economía política anterior a él los resultados de sus largos años de estudios, dando con ella una base científica a las aspiraciones socialistas, la base que no lograron darle un Fourier ni un Proudhon, ni tampoco un Lassalle. Este trabajo había sido anunciado por los periódicos desde hace mucho tiempo, y reiteradamente. En 1859 se publicó en la editorial Duncker, de Berlín, “un primer cuaderno” con algunas de las investigaciones anunciadas. Pero su aparición no produjo gran revuelo, por tratarse en él ampliamente de materias que no encerraban un interés práctico inmediato. Los siguientes cuadernos no llegaron a ver la luz y ya parecía como si la nueva ciencia socialista no fuese a sobrevivir a los dolores del parto. ¡Cuántos chistes se hicieron a costa de esta nueva revelación, tantas veces anunciada y que no acababa de alumbrarse! Pues bien, aquí tenemos el “primer tomo” de la tan esperada obra “cincuenta pliegos de imprenta, como queda dicho— y nadie podrá quejarse de que en él no se contiene abundancia y superabundancia de ideas nuevas, audaces e intrépidas, ni de que todas estas ideas no se presentan bajo una forma absolutamente científica. Esta vez, Marx no apela con sus insólitas afirmaciones a las masas, sino a los hombres de ciencia. Y son éstos quienes tendrán que salir a la palestra, en defensa de las leyes de su teoría económica, impugnadas aquí en sus mismos fundamentos, y aportar la prueba de que el capital, aun siendo trabajo acumulado, no es, como Marx sostiene, trabajo acumulado *sin retribuir*. Lassalle era un agitador; para combatirlo, bastaba con acudir a las tribunas de la agitación, en la prensa diaria y en los mítines. Pero lo que esta obra de que hablamos nos presenta es una teoría sistemática, científica, frente a la cual no es la prensa diaria, sino la ciencia, la que tiene que decir la última palabra. Hay que esperar que hombres como Roscher, Rau, Max Wirth y otros aprovecharán esta ocasión que se les depara para salir por los fueros de la economía política, hasta ahora respetados por todo el mundo, repeliendo este ataque nuevo, que harían muy mal en desdeñar. La simiente social democrática, que empieza ya a dar fruto en la nueva generación y en la población obrera de no pocos sitios, recibirá nuevo impulso con la obra que acaba de aparecer.

(Publicado en la “Elberfelder Zeitung”,

2 noviembre 1867, núm. 302.)

IV

Seguramente este libro producirá una gran decepción a cierta clase de lectores. Trátase de una obra cuya aparición venía siendo anunciada por determinados elementos desde hace ya varios años. Se esperaba, sin duda, que en ella se revelasen los verdaderos misterios y la panacea

del socialismo y puede que algunas gentes, al saber que la obra salía por fin a la luz pública, creyeran que iban a ver reseñado en ella, con todos sus detalles, el reino milenario del comunismo. Desde luego, quien se dispusiera a delectarse en la contemplación de ese futuro, a través de las páginas de este libro, se ha equivocado de medio a medio. Lo que el lector averigua en esta obra no es precisamente cómo han de ocurrir las cosas, sino cómo no debieran suceder; esto sí se lo dice el autor, con una claridad y una dureza sin ambages, y a quien tenga ojos para ver no puede ocultársele tampoco que en este libro se defiende con una claridad diáfana la necesidad de una revolución social. No se trata ya del emplasto de las asociaciones obreras con capital del Estado, como aquellas que proponía Lassalle; se trata de algo más profundo: de la *abolición del capital* en términos absolutos.

Marx es y sigue siendo el mismo revolucionario que ha sido siempre y jamás ni bajo ningún concepto, aunque se trate de una obra científica, recataría este hombre sus ideas a este respecto. ¿Qué ocurrirá después de la revolución social? En su obra sólo se contienen alusiones muy vagas a este punto. Se nos dice que la gran industria “agudiza las contradicciones y los antagonismos de la forma capitalista del proceso de producción, haciendo por tanto madurar los factores constitutivos de la nueva sociedad y los factores de transformación revolucionaria de la sociedad vieja”. Y se nos dice también que, al abolirse la forma capitalista de producción, será “restaurada la propiedad individual, pero sobre la base de las conquistas de la era capitalista, de la cooperación de obreros libres y de su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción creados por los propios obreros”.

Y con estas indicaciones habremos de contentarnos, pues a juzgar por el tomo ya publicado, no debemos esperar que los tomos segundo y tercero de la obra, cuando en su día vean la luz, nos digan tampoco gran cosa acerca de este problema. Por esta vez, habremos de atenernos simplemente a una “crítica de la economía política” que sí se subtítulo el libro, y no es, por cierto, campo demasiado reducido. No nos es posible entrar aquí, naturalmente, en un análisis científico de las numerosas deducciones a que llega el autor en obra tan voluminosa como ésta, ni podemos siquiera resumir las tesis fundamentales que en ella se mantienen. La teoría socialista, más o menos vulgarizada, se reduce esencialmente a preconizar que, en la sociedad actual, no se le retribuye al obrero el valor íntegro del producto de su trabajo. Esta tesis constituye también el *leitmotiv* (37) de la obra que comentamos. Sólo que aquí aparece precisada con mayor nitidez, desarrollada más lógicamente en todas las consecuencias que encierra y más íntimamente relacionada con los principios fundamentales de la economía política o más directamente enfrentada con ellos que en ninguna otra obra anterior. Esta parte del libro se distingue muy ventajosamente de todas las obras de esta clase publicadas con anterioridad y que nosotros conocemos, por el rigor científico con que el autor enfoca los problemas, como un hombre a quien no interesa solamente su teoría, sino la ciencia en general.

En la obra a que nos estamos refiriendo nos ha llamado la atención sobre todo el hecho de que los principios de la economía política no se consideren en ella, según la tradición, como verdades eternas y absolutas, sino simplemente como las resultantes de determinados procesos históricos. Al paso que las mismas ciencias naturales van tendiendo a convertirse cada vez más en una ciencia histórica –basta fijarse, para comprender esto, en la teoría astronómica de Laplace, en toda la geología y en las obras de Darwin–, la economía venía encastillándose hasta aquí en

una posición científica tan abstracta y absoluta como las matemáticas. Ignoramos la suerte que habrán de correr las otras doctrinas de este libro de Marx, pero creemos que jamás podrá discutírsele a su autor el mérito de haber puesto fin a esta concepción cerrada de la ciencia económica. Después de esta obra, ya no será posible que ningún economista enjuicie en bloque y desde un punto de vista unitario instituciones como, por ejemplo, el trabajo de los esclavos, el trabajo feudal y el trabajo asalariado de los obreros libres, o que aplique sin más a las instituciones de la Antigüedad o a los gremios de la Edad Media leyes que tienen su razón de ser en nuestros días, en la época de la gran industria sujeta a la acción de la libre concurrencia, o que abomine de aquellas instituciones antiguas sencillamente porque no se avienen a las leyes modernas. Alemania es el país en que más se ha destacado el sentido histórico, tal vez el único que posee este sentido; no tiene, pues, nada de extraño que sea un alemán quien viene a restablecer los fueros de las relaciones históricas en el campo de la ciencia económica.

*(Publicado en la “Düsseldorfer Zeitung”,
17 noviembre 1867, núm. 316.)*

V

Cualquiera que sea el modo como se piense acerca de la tendencia que informa este libro, creemos poder afirmar que su publicación honra al espíritu alemán. No deja de ser característico que su autor, aunque prusiano, sea uno de esos prusianos del Rin que, hasta hace poco, gustaban de llamarse “prusianos a la fuerza”, y además, un prusiano que ha vivido largos años lejos de Prusia, en el destierro. Prusia ha dejado de ser, desde hace ya mucho tiempo, un país de iniciativa científica; en materia histórica, política o social, la ciencia no tiene, en Prusia, nada que decir. En realidad, Prusia no representa hoy el espíritu alemán, sino el espíritu ruso.

En cuanto a la obra cuya aparición comentamos, cabe perfectamente distinguir en ella dos partes muy distintas: de un lado, las aportaciones positivas y fecundas que se sostienen en sus páginas; de otro lado las conclusiones tendenciosas que el autor deduce de ellas. Las primeras representan, en gran parte, una adquisición positiva para la ciencia. El autor, en ellas, aplica a las relaciones económicas un método totalmente nuevo, materialista, histórico. Así, en su estudio del dinero y en la argumentación minuciosa y concienzuda acerca de cómo las diversas formas sucesivas de producción industrial, la cooperación, la división del trabajo, enlazada con la manufactura en sentido estricto, y finalmente el maquinismo, la gran industria y las combinaciones y relaciones sociales correspondientes a cada una de estas formas se han ido desarrollando las unas a base de las otras, de un modo orgánico y natural.

Por lo que a la tendencia del autor se refiere, podemos distinguir también una doble orientación. Cuando se esfuerza por demostrar que la sociedad actual, económicamente considerada, lleva en su entraña otro tipo de sociedad superior que pugna por alumbrarse, no hace otra cosa que pretender proclamar como ley en el campo social el mismo proceso gradual de transformación que Darwin ha puesto de relieve en el campo de las ciencias naturales. Este proceso de gradual transformación ha venido operándose en las instituciones sociales desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por la Edad Media, y no creemos que nadie que aspire a gozar de cierta solvencia y seriedad científica pueda afirmar que Adam Smith y Ricardo han pronunciado la última palabra acerca de los derroteros futuros de la sociedad actual. La teoría liberal del

progreso entraña también la idea del progreso en materia social, y el hecho de que quienes se llaman socialistas quieren arrogarse el monopolio del progreso social no es más que una de esas paradojas arrogantes en que ellos suelen incurrir. Marx se distingue de los socialistas al uso –y no puede disputársele este mérito– en el hecho de que reconoce la existencia de un progreso aun allí donde las instituciones actuales, llevadas al extremo y desarrollándose de un modo unilateral, conducen a consecuencias repelentes. Tal ocurre, por ejemplo, con el sistema fabril en gran escala, con su séquito de riqueza y miseria, etc. Este punto de vista crítico que el autor adopta ante la materia, hace que nos suministre precisamente –tal vez contra su voluntad– los mejores argumentos contra todos los socialistas de profesión.

Muy otra cosa acontece con la tendencia, con las conclusiones subjetivas del autor, con el modo como se imagina y expone el resultado final del proceso histórico-social a que estamos asistiendo. Estas conclusiones no forman parte de lo que hemos llamado el contenido positivo de la obra, sí dispusiéramos de espacio para ello, podríamos incluso demostrar que aquí las creencias *subjetivas* del autor chocan con el propio desarrollo *objetivo* de su obra.

En Lassalle, todo el socialismo se reducía a denostar a los capitalistas y adular a los terratenientes feudales prusianos, precisamente lo contrario de lo que hace el libro a que nos venimos refiriendo. Su autor demuestra claramente la necesidad histórica del régimen capitalista de producción, como él llama a la fase social que estamos viviendo, y demuestra al mismo tiempo la inutilidad de la aristocracia terrateniente, que consume sin producir. Lassalle abrigaba grandes ilusiones acerca de la misión que a Bismarck le estaba reservada como instaurador del reino milenario del socialismo; el señor Marx no se recata para desautorizar a su descarriado discípulo. No sólo declara expresamente que él no tiene nada que ver con todo ese “socialismo gubernativo monárquico prusiano”, sino que en las pp. 762 *ss.* de su obra afirma rotundamente que, sí no se le sale pronto al paso, el sistema hoy imperante en Francia y Prusia no tardará en desencadenar sobre Europa el régimen del, látigo ruso.

Advertiremos, para terminar, que en esta nota nos hemos limitado a señalar los aspectos más salientes de la extensa obra; tenemos que omitir forzosamente muchas cosas interesantes que, en estudio más detenido, sería obligado destacar. Dejemos que lo hagan las revistas profesionales, muy numerosas por cierto, y que seguramente no habrán de dejar pasar inadvertida esta obra, notabilísima por muchos conceptos.

(Publicado en “Der Beobachter, Ein Volksblatt
aus Schwaben”, *Stuttgart*, 27 diciembre 1867;
núm. 303; folletón.)²

VI

Si nos detenemos a examinar esta obra no es, ni mucho menos, por la tendencia específicamente socialista que la informa y que su autor pone de manifiesto abiertamente ya desde el mismo prólogo.

Lo hacemos porque esta obra, *aparte* de su tendencia, contiene argumentaciones científicas y materiales concretos dignos de ser tenidos en cuenta. Cae fuera de nuestro propósito analizar el contenido científico del libro a que nos referimos; nos limitaremos a la parte material.

No creemos que exista —ni en alemán ni en cualquier otro idioma— ninguna obra en que los principios analíticos de la historia moderna de la industria desde la Edad Media hasta nuestros días, se expongan en una síntesis tan clara y tan completa como en los tres últimos capítulos que ocupan las pp. 302 a 495 del presente libro, ³ acerca de la cooperación, la manufactura y la gran industria. En estas páginas se hacen resaltar a tono con sus méritos todos los aspectos concretos del progreso industrial, y aunque de vez en cuando se trasluzca la tendencia específica de la obra, hay que hacer a su autor la justicia de reconocer que jamás modela los hechos arbitrariamente a la medida de su teoría, sino que, por el contrario, se esfuerza siempre en exponer su teoría como un resultado de los hechos.

Y estos hechos va a buscarlos siempre a las mejores fuentes, a fuentes que, por lo que a las instituciones modernas se refiere, no tienen par hasta hoy, en Alemania, en lo tocante a fuerza de autenticidad: los informes parlamentarios ingleses. Los industriales alemanes que no se limiten a enfocar su industria a través del prisma de la diaria ganancia, sino que la consideren como un eslabón esencial en el gran proceso industrial moderno de todos los países y se interesen también, en consecuencia, por aquellas cosas que no formen directamente parte de su propia rama comercial, encontrarán en esta obra copiosa fuente de enseñanzas y nos agradecerán que llamemos su atención hacia ella. Han pasado ya los tiempos en que cada rama industrial se desenvolvía por sí sola, en el más completo aislamiento; hoy, todas dependen las unas de las otras, de los progresos que se logran en los países más remotos como en las comarcas más próximas y de las variables coyunturas del mercado mundial. Y si, como parece muy posible, los nuevos tratados de unión aduanera vienen a restringir los aranceles protectores vigentes, todos nuestros fabricantes se verán obligados a estudiar en términos generales la historia de la moderna industria para documentarse en ella y saber de antemano cuál es la actitud más conveniente que cabe adoptar ante cambios de este tipo. A los alemanes nos ha salvado siempre, pese a la desintegración política, la alta cultura; ésta es también en este caso la mejor arma que podemos esgrimir contra los ingleses, con su sentido toscamente materialista.

Ello nos lleva a otra consideración. Es posible que las nuevas leyes de unión aduanera planteen a los propios fabricantes de los países incluidos en la unión, la conveniencia de exigir una reglamentación uniforme de la jornada de trabajo. Sería manifiestamente inicuo que en un Estado la regulación de la jornada de trabajo, sobre todo en lo referente a la mujer y al niño, se dejase por entero al arbitrio del fabricante, mientras que en otro Estado se la sometía a considerables restricciones. Creemos que será difícil escapar a un acuerdo que establezca normas comunes a este respecto, sobre todo si se aspira realmente a rebajar las tarifas arancelarias. Ahora bien, la experiencia de los alemanes en estas cuestiones es muy imperfecta, por no decir nula, y no contamos con más enseñanzas que las que pueda brindarnos la legislación de otros países, principalmente la de Inglaterra, y los resultados obtenidos en su aplicación. El autor de la obra a que nos referimos presta a la industria alemana un gran servicio, al exponer del modo más minucioso y basándose en documentos oficiales, la historia de la legislación fabril inglesa y sus frutos (consúltense las pp. 207–281, 399–496 ⁴ y algunos pasajes posteriores). Toda esta página

de la historia industrial de Inglaterra es casi desconocida en Alemania, y causa maravilla saber que una ley votada este año por el parlamento alemán ha puesto bajo control del gobierno a millón y medio de obreros. En Inglaterra, casi todo el trabajo industrial, la mayoría del trabajo a domicilio y una parte del trabajo agrícola se hallan sometidos actualmente a la fiscalización de funcionarios públicos y a toda una serie de restricciones directas e indirectas en cuanto al tiempo. Invitamos a nuestros fabricantes a que no se dejen sugestionar por la tendencia de este libro y a que estudien serenamente esta parte de la obra. El problema que en estas páginas se expone tendrá que ser afrontado por ellos, sin ningún género de duda, más pronto o más tarde.

(Publicado en el “Staatsanzeiger für Württemberg”.

27 diciembre 1867; núm. 306; suplemento:

“Gewerbeblatt aus Württemberg”, p. 3272.)

VII

“ELCAPITAL”, POR MARX ⁵

1

Desde que existen en el mundo capitalistas y obreros, no se ha publicado ningún libro que tenga para los obreros la importancia de éste. Se estudia científicamente en él, por vez primera, la relación entre el capital y el trabajo, que es el eje en torno al cual gira toda la sociedad moderna, con una profundidad y una agudeza de que sólo podía hacer gala un alemán. No cabe negar los méritos que corresponden y les serán discernidos siempre a las obras de hombres como Owen, Saint-Simon y Fourier; pero tenía que ser un alemán quien remontase la cima desde la que se domina, claro y nítido, todo el panorama de las modernas instituciones sociales, como se columbra el paisaje de los valles desde la cumbre de las montañas.

La economía política al uso nos enseña que el trabajo es la fuente de toda la riqueza y la medida de todos los valores, por virtud de lo cual dos objetos cuya producción haya costado el mismo tiempo de trabajo encerrarán idéntico valor; y como, por término medio, el cambio versa sobre valores iguales entre sí, estos objetos podrán ser cambiados el uno por el otro. Pero, a la par que esto, nos enseña que existe también una especie de trabajo acumulado, al que esa economía da el nombre de capital, y que este capital, gracias a los resortes que encierra, eleva a la centésima y a la milésima potencia la capacidad productiva del trabajo vivo, en premio a lo cual se reserva una cierta remuneración, a la que se da el nombre de beneficio o ganancia. Todos sabemos que lo que ocurre en la realidad es que, mientras las ganancias del trabajo muerto o acumulado crecen en proporciones cada vez más pasmosas y los capitales de los capitalistas se hacen cada día más gigantescos, el salario del trabajo vivo va reduciéndose más y más y la masa de los obreros que viven de un jornal es cada vez más numerosa y más pobre. ¿Cómo resolver esta contradicción? ¿Cómo explicarse que el capitalista obtenga una ganancia, si es verdad que al obrero se le retribuye el valor íntegro del trabajo incorporado por él al producto? Como partimos del supuesto de que el cambio versa siempre sobre valores iguales, parece, en efecto, que al obrero se le retribuye necesariamente el valor íntegro de su trabajo. Mas, por otra parte, ¿no resulta contradictorio que se cambien valores iguales y que al obrero se le retribuya íntegramente el valor de su producto sí, como muchos economistas reconocen, este producto se distribuye

entre el obrero y el patrono? Ante esta contradicción flagrante, la economía en boga se queda perpleja y se limita a pronunciar o balbucir unas cuantas frases confusas que nada dicen. Por su parte, los críticos socialistas de la economía anteriores a nuestra época se contentan con poner de manifiesto la contradicción; ninguno había logrado resolverla, hasta que por fin Marx, en esta obra, analiza el proceso de formación de la ganancia, calando hasta su verdadera raíz y poniendo en claro, con ello, todo el problema.

En su investigación del capital, Marx parte del hecho sencillo y palmario de que los capitalistas explotan e incrementan su capital por medio del cambio: compran con su dinero mercancías, que luego venden por más de lo que les han costado. Por ejemplo, un capitalista compra algodón por valor de 1,000 táleros y lo revende por 1,100, operación que le deja, por tanto, una ganancia de 100 táleros. Este remanente de 100 táleros, que viene a incrementar el capital primitivo, es lo que Marx llama *plusvalía*. ¿De dónde sale esta plusvalía? Los economistas parten del supuesto de que se cambian siempre valores iguales, lo cual, en el plano de la teoría abstracta, es verdad. Por tanto, la operación comercial consistente en comprar algodón y en revenderlo no puede engendrar la plusvalía, pues es exactamente lo mismo que si se cambiase un tálero por treinta silbergrosen de plata. después de realizar esta operación, el poseedor del tálero no es más rico ni más pobre que antes. Tampoco puede buscarse la fuente de la plusvalía en el hecho de que los vendedores cobren sus mercancías por más de lo que valen o de que los compradores las obtengan por menos de su valor, pues lo que interesa no es el comprador o vendedor individual, sino la operación social en su conjunto; los que hoy actúan como vendedores pasan a ser mañana compradores, con lo cual toda posible diferencia quedaría compensada. Ni puede buscarse tampoco la explicación de que compradores y vendedores se engañen los unos a los otros: esto no creará un valor nuevo o plusvalía y servirá únicamente para desplazar de unos capitalistas a otros el capital existente, dándole una nueva distribución. Pues bien, a pesar de comprar y vender las mercancías por lo que valen, el capitalista saca de ellas más valor del que en ellas invirtió. ¿Cómo puede explicarse esto?

La clave del misterio está en que, bajo el régimen social vigente, el capitalista encuentra en el mercado una mercancía que encierra la peregrina cualidad de que, al consumirse, engendra, crea nuevo valor. esta mercancía es la *fuerza de trabajo*.

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? El valor de toda mercancía se mide por el trabajo necesario para producirla. La fuerza de trabajo aparece encarnada en el obrero vivo, el cual, para vivir y mantener además a una familia que garantice la continuidad de la fuerza de trabajo después de morir él, necesita una determinada cantidad de medios de subsistencia. El tiempo de trabajo necesario para producir estos medios de subsistencia es, por tanto, lo que determina el valor de la fuerza de trabajo. El capitalista se lo paga al obrero, semanalmente por ejemplo, y con el salario le compra el uso de su trabajo durante una semana. Hasta aquí, esperamos que los señores capitalistas no disientirán gran cosa de nosotros, en lo que al valor de la fuerza de trabajo se refiere.

Ahora, el capitalista pone a su obrero a trabajar. Al cabo de determinado tiempo, el obrero le rinde la cantidad de trabajo representada por su salario semanal. Supongamos que el salario semanal de un obrero equivalga a tres días de trabajo; según esto, si el obrero empieza a trabajar

el lunes por la mañana, el miércoles por la noche habrá reintegrado al capitalista el *valor íntegro de su salario*. ¿Pero, acaso deja de trabajar, a partir de este momento? En modo alguno. El capitalista le ha comprado el trabajo de una semana; por tanto, el obrero tiene que seguir trabajando hasta cubrir los tres días que faltan para completarla. Pues bien, este *trabajo de más* que el obrero rinde después de haber trabajado el tiempo necesario para reponer al patrono el salario que le abona, es la *fuerza que alumbra la plusvalía*, la ganancia, la fuente del incremento incesante y progresivo del capital.

¿Se nos dirá, acaso, que es una suposición caprichosa nuestra la de que el obrero rescata en tres días de trabajo el salario que percibe y que los tres días restantes de trabajo, no son para él, sino para el capitalista? El que sean precisamente tres días, o dos, o cuatro, los que el obrero necesita trabajar para reponer el salario, es cosa que de momento no nos interesa y que depende de diversas circunstancias. Lo importante y lo innegable es que, además del trabajo pagado, el capitalista arranca al obrero una cantidad de trabajo, mayor o menor, que *no le retribuye*. Y esto no es ninguna hipótesis caprichosa, sino una realidad palmaria; el día en que el capitalista, como norma, sólo obtuviese del obrero la cantidad de trabajo que le remunera mediante el salario, cerraría la fábrica, pues no obtendría de ella ganancia alguna.

He ahí la solución de todas aquellas contradicciones con que tropezábamos. Descubierta esto, el origen de la plusvalía (una parte importante de la cual es la ganancia del capitalista) ya no constituye ningún secreto. Al obrero se le abona, indiscutiblemente, el valor de la fuerza de trabajo. Lo que ocurre es que este valor que la fuerza de trabajo tiene es muy inferior al que el capitalista sabe sacar de ella, y la diferencia, o sea, el *trabajo no retribuido*, es precisamente la parte que se apropia el capitalista, o, mejor dicho, la clase capitalista en su conjunto. De este trabajo no retribuido tiene que salir, en efecto, pues no cabe otra posibilidad —a menos que la mercancía suba de precio—, hasta aquella ganancia que en nuestro ejemplo anterior obtenía el comerciante algodonero, al revender el algodón comprado por él. En efecto, para obtener su ganancia, el comerciante tiene necesariamente que vender su mercancía, directa o indirectamente, a un fabricante de géneros de algodón que pueda sacar de su producto, además de aquellos 100 táleros con que el intermediario se beneficia, una ganancia para sí, compartiendo de este modo con el comerciante el trabajo no retribuido de sus obreros, que él se apropia. De este trabajo no retribuido viven absolutamente todos los miembros ociosos de la sociedad. De él salen los impuestos y contribuciones que perciben el Estado y el Municipio y que gravan sobre la clase capitalista, las rentas de los terratenientes, etc. Sobre él descansa todo el orden social existente.

Sería absurdo, sin embargo, suponer que no existió trabajo no retribuido hasta que vino el régimen actual, en que la producción funciona a base de capitalistas, por una parte, y de obreros asalariados, por la otra. Nada más lejos de la verdad. En todas las épocas de la historia se ha visto la clase oprimida obligada a rendir trabajo no retribuido. Durante los largos siglos en que la forma predominante de organización del trabajo fue la esclavitud, los esclavos veíanse reducidos a la necesidad de trabajar bastante más de lo que se les pagaba en forma de medios de subsistencia. Y otro tanto acontecía bajo el régimen de la servidumbre y hasta la abolición del sistema de vasallaje en el campo; en los tiempos del feudalismo, era incluso patente, visible, la diferencia entre el tiempo durante el cual trabajaba el campesino para pagarse su sustento y el remanente de trabajo que rendía para el señor feudal, por la sencilla razón de que entre el

primero y el segundo no mediaba, como hoy media, una solución de continuidad. Hoy, la forma ha cambiado, pero el fondo sigue siendo el mismo. Y mientras “una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción nos encontramos con el fenómeno de que el obrero, libre o esclavizado, tiene que añadir al tiempo de trabajo necesario para poder vivir una cantidad de tiempo suplementario, durante el cual trabaja para producir los medios de vida destinados al propietario de los medios de producción”. (Marx, *El Capital*, t. I, p. 243) 6

2

En nuestro artículo anterior, veíamos que todo obrero empleado por un capitalista rinde un doble trabajo: durante una parte de su tiempo de trabajo repone el salario que el capitalista le abona: esta parte M trabajo es lo que Marx llama *trabajo necesario*. Pero, aun tiene que seguir trabajando algún tiempo más, durante el cual produce la *plusvalía* para el capitalista, una parte importante de la cual está representada por la ganancia: esta parte del trabajo recibe el nombre de *plustrabajo*, o *trabajo excedente*.

Supongamos que el obrero trabaje tres días de la semana para reponer su salario y los tres días restantes para crear plusvalía para el capitalista. Esto vale tanto como decir que, siendo la jornada de doce horas, trabaja seis horas diarias para pagar su salario y otras seis horas para la producción de plusvalía. Pero, si de una semana sólo pueden sacarse seis días o siete a lo sumo, aprovechando los domingos, a cada día se le pueden sacar seis, ocho, diez, doce, quince horas de trabajo, y aún más. El obrero ha vendido al capitalista, por el jornal, una jornada de trabajo. ¿Pero qué se entiende por *jornada de trabajo*? ¿Ocho horas, o dieciocho?

El capitalista tiene interés, naturalmente, en alargar todo lo posible la jornada de trabajo. Cuanto más larga sea, mayor plusvalía le producirá. En cambio, al obrero le dice su certero instinto que cada hora más que trabaja después de reponer el salario es una hora que se le arranca ilegítimamente, y las consecuencias que trae consigo el trabajar con exceso, las sufre en su propio cuerpo. El capitalista lucha por su ganancia, el obrero por su salud, por un par de horas de descanso al día, por el derecho a poder sentirse también un poco hombre y que su vida no se reduzca a una cadena incesante de trabajar, comer y dormir. Diremos de pasada que, por muy buenas que puedan ser las intenciones de cada capitalista en particular, no tiene más remedio que luchar por sus intereses, pues la competencia obliga hasta a los más humanitarios a hacer lo que hacen los otros y a obligar a sus obreros a trabajar, como norma general, el mismo tiempo que trabajan todos.

La lucha por la fijación de la jornada de trabajo dura desde que aparecen en la escena de la historia los obreros libres hasta nuestros días. En diversas industrias rigen diversas jornadas de trabajo tradicionalmente establecidas, pero en la práctica son contados los casos en que se respeta la tradición. Sólo puede decirse que exista verdadera jornada normal de trabajo allí donde la ley se encarga de estatuirlo y se cuida de velar por su aplicación. Hasta hoy, puede afirmarse que esto sólo acontece en los distritos fabriles de Inglaterra. En las fábricas inglesas rige la jornada de diez horas (diez horas y media los cinco primeros días de la semana y siete horas y media los sábados) para todas las mujeres y para los jóvenes de trece a dieciocho años; de hecho, también los adultos gozan de la misma jornada, puesto que no pueden trabajar sin la cooperación de aquellos elementos. El arrancar esta ley les costó a los obreros fabriles de

Inglaterra largos años de perseverancia, de lucha tenaz y obstinada contra los fabricantes, para la cual supieron utilizar la libertad de prensa y el derecho de reunión y asociación y supieron también explotar hábilmente las disensiones que se manifestaban en el seno de la propia clase dominante. Esta ley se ha convertido en el palenque de los obreros ingleses, que han logrado que se vaya aplicando poco a poco a todas las grandes ramas industriales y que, durante el año pasado, se hiciese extensiva a *todas las industrias*, por lo menos a todas aquellas en las que trabajan mujeres y jóvenes menores de dieciocho años. La historia de esta reglamentación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra se documenta con datos abundantísimos en la obra a que nos estamos refiriendo. Sabemos que en la próxima legislatura del parlamento de la Alemania del Norte se discutirá un proyecto de ordenanza industrial y se pondrá a debate, por tanto, la organización del trabajo fabril. Esperamos que ninguno de los diputados llevados a la cámara por los votos de los obreros alemanes intervendrá en la discusión de esta ley sin antes compenetrarse bien con la obra de Marx. *Hay en ella mucho que llevar a la práctica*. Las disensiones existentes entre las clases dominantes son hoy más favorables a los obreros de lo que nunca lo fueron en Inglaterra, pues el *régimen de sufragio universal obliga a esas clases a captarse las simpatías de los obreros*. En estas condiciones, cuatro o cinco representantes parlamentarios del proletariado pueden constituir una potencia, sí saben aprovecharse de su situación y, sobre todo, si saben qué es lo que realmente se ventila, cosa que ignoran los burgueses. El libro de Marx les brinda, ordenados y dispuestos, todos los elementos de juicio necesarios para esta batalla.

Pasando por alto toda una serie de investigaciones hermosísimas, pero de carácter predominantemente teórico, nos detendremos en el capítulo último de la obra, que trata de la acumulación o incrementación del capital. En él se demuestra, en primer lugar, que el método de producción capitalista, es decir, el método de producción que funciona a base de capitalistas, de una parte, y de la otra obreros asalariados, no sólo reproduce constantemente el capital del capitalista, sino que reproduce también incesantemente la pobreza del obrero, asegurando por tanto la existencia constante, de un lado, de capitalistas en cuyas manos se concentra la propiedad de todos los medios de vida, materias primas e instrumentos de producción, y, de otro lado, de la gran masa de obreros obligados a vender a estos capitalistas su fuerza de trabajo por una cantidad de medios de subsistencia que, en el mejor de los casos, alcanza estrictamente para sostenerlos en condiciones de trabajar y de traer al mundo una nueva generación de proletarios aptos para el trabajo. Pero el capital no se limita a reproducirse, sino que aumenta y crece incesantemente, con lo cual aumenta y crece también su poder sobre la clase obrera, desposeída de toda propiedad. Y, del mismo modo que se reproduce a sí mismo en crecientes proporciones, el moderno régimen capitalista de producción reproduce también en proporciones cada vez mayores, en número sin cesar creciente, la clase obrera desposeída. “La acumulación del capital reproduce las proporciones del capital en escala progresiva; a más capitalistas o a capitalistas más poderosos en un polo, corresponden en el otro polo más obreros asalariados... *La acumulación del capital supone, por tanto, un aumento del proletariado*”(p. 645).⁷ Pero como, por otra parte, los progresos del maquinismo, los procedimientos cada día más perfeccionados de cultivo de la tierra, etc., hacen que cada vez se necesiten menos obreros para producir la misma cantidad de artículos, y como este proceso de perfeccionamiento, y por tanto de eliminación de obreros inútiles, se desarrolla con mayor rapidez que el proceso de crecimiento del capital, ¿a dónde va a parar este contingente cada vez más numeroso de obreros sobrantes? Pasa a formar un ejército

industrial de reserva, integrado por obreros a quienes en las épocas malas y medianas se paga su trabajo por menos de lo que vale y que muchas veces se quedan sin trabajo o a merced de la beneficencia pública, pero que son indispensables para la clase capitalista en las épocas de gran prosperidad, como ocurre actualmente, a todas luces, en Inglaterra, y que en todo caso sirven para vencer la resistencia de los obreros que trabajan normalmente y mantener bajos sus salarios. “Cuanto mayor es la riqueza social... tanto mayor es también la superpoblación relativa (el exceso de población o ejército industrial de reserva). Y cuanto mayor es este ejército de reserva en relación con el ejército obrero en activo (o sea, con los obreros que trabajan normalmente), tanto mayor también la masa de superpoblación consolidada (permanente) o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a su tormento de trabajo. Finalmente, cuanto más extenso es en la clase obrera el sector de la pobreza y más numeroso el ejército industrial de reserva, tanto mayor también el pauperismo oficial. *Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista* (p. 679).⁸

He ahí, demostradas con todo rigor científico –y los economistas oficiales, prudentemente, no han intentado siquiera refutarlas– algunas de las leyes fundamentales del moderno sistema social, o sea, del sistema capitalista. Pero, ¿es esto todo? No, ni mucho menos. Con la misma agudeza y nitidez con que pone de manifiesto los lados de la producción capitalista, Marx demuestra que esta forma social era necesaria para elevar las fuerzas productivas de la sociedad hasta un nivel que hiciese posible un desarrollo igual y humanamente digno para todos los miembros de la sociedad. Las formas sociales anteriores eran demasiado pobres para que con ellas pudiera lograrse esto. Gracias a la producción capitalista se crearon las riquezas y las fuerzas productivas para llenar esta aspiración y se creó al mismo tiempo, con las masas de obreros oprimidos, la clase social obligada cada vez más de lleno por su propia situación a adueñarse de estas riquezas y fuerzas productivas para emplearlas al servicio de toda la sociedad, y no como hoy, en interés de una clase monopolista.

(Publicado en el “Demokratisches Wochenblatt”

Leipzig, 21 y 28 marzo 1868; núms. 12 y 13, pp. 94 s.

y 100 S.)

Pie de página Introducción

1 Este trabajo, del que tomamos aquí la parte sustancial, fue publicado acompañando a los artículos bibliográficos de Engels, en el *Marx–Engels Archiv, Zeitschrift des Marx–Engels–Institut in Moskau*, t. II, Francfort s. M., 1827 pp. 427–462. (Ed.)

2 Carta de Marx a Kugelmann, 28 diciembre 1862.

3 Solamente una, la que aparec *infra* (36) con el núm.VI, fue reproducida en otro periódico al año siguiente de su publicación. También el artículo bibliográfico escrito para el *Demokratisches Wochenblatt* (*infra*, VII) fue reeditado por Liebknecht, años más tarde, en su *Volksstaat*

(núms. 28 y 29, de 5 y 8 abril 1871). Del *Volksstaat* pasó, en traducción francesa, al órgano socialista de Bruselas *La Liberté* (núms. 47 y 50, de 6 y 9 junio 1871).

4 Marx, en “Postfacio” a la segunda edición de *El Capital* (1873), p. XXVIII de la presente edición.

5 *Der Vorbote*, Ginebra, año 3, núm. 1, enero 1868, p. 16.

6 Entre los periódicos no obreros, *Die Zukunft*, revista poco difundida, pero que contaba también a algunos obreros entre sus lectores, hizo una gran propaganda por Marx y *El Capital*. Ya el 4 de septiembre de 1867 (núm. 206) reprodujo la mayor parte del prólogo. El 12 de diciembre (núm. 291) publicó, bajo el título de “Plagio”, un cotejo, enviado por Marx y acompañado de comentarios bastante duros, de citas tomadas de un discurso del lassalleano von Hofstetten con algunas de las páginas de *El Capital* sobre la jornada de trabajo (ver cartas de Marx: a Engels, 7 dic. 1867, de Engels a Marx, 12 dic., de Marx a Engels, 14 dic., de Engels a Marx, 16 dic., de Marx a Engels, 17 dic.) En el núm. 292, de 25 de junio 1868, unas “Cartas sobre Economía” de autor anónimo hacen “grandes elogios” de *El Capital*; “en realidad, estas cartas están, en gran parte copiadas de él”. observa Marx (en carta a Engels, 4 agosto 1868). El 11 de agosto de 1869 (núm.185) apareció en esta revista –anónimo– el primero de los ensayos biográficos sobre Marx redactado por Engels, en el que se subraya especialmente y se comenta con bastante detalle la importancia de *El Capital*. Este ensayo había sido escrito para una revista titulada *Gartenlaube*. ver Mehring, *Carlos Marx*, 4º ed., Leipzig, 1923, p. 388. Engels reformó el texto del artículo para enviarlo al *Zukunft*; ver carta de Marx a Kugelmann, 15 julio 1869.

7 Este periódico publicó también el prólogo a *El Capital*, el 7 de septiembre de 1867.

8 Ver cartas de Engels a Marx 10 de noviembre 1867, Marx a Engels 1 febrero 1868, Engels a Marx 11 febrero 1868, Meissner a Marx 16 marzo 1868. No nos ha sido posible encontrar esta nota bibliográfica.

9 Hacía unas treinta líneas: al parecer, improvisado a base del prólogo e índice de la obra. Sin embargo, en realidad se tomaron como base tres notas bibliográficas (las que figuran en nuestra lista con los números 1, 3 y 8), que Meissner entregó como fuente de información a “uno de los redactores” del periódico (carta de Meissner a Marx, 19 noviembre 1867).

10 Ver carta de Siebel a Engels, 27 marzo 1868. Esta crítica no ha podido ser encontrada.

11 Este periódico reprodujo el prólogo a *El Capital* en los números 1 y 2, de 4 y 11 enero 1868. En los días 11, 18 y 25 de abril de 1868 (números 15, 16 y 17) insertó algunos trozos de la obra sobre la cuestión irlandesa.

12 En las cartas de Marx y Engels no aparece el título exacto de este periódico, que tampoco ha podido averiguarse por otros conductos.

13 Socialista doctrinal en la década del cuarenta: colaborador de varios periódicos y revistas. Su crítica, “muy amable”, pero “mucho confusión en el modo de tratar el asunto”. (Marx a Engels, carta 29 junio 1868; a Kugelmann, carta 2 julio 1868.)

14 Después de esta fecha, sobreviene una larga pausa: la nota bibliográfica más próxima no ve la luz hasta la segunda mitad de 1869. en los *Jahrbücher für National-ökonomie und Statistik* de

Hildebrand (Jena, año VII [1869], t. I. cuad. 6, pp. 457–67, firmada: Rr, o sea Hermann Rosler (1834–1894), a la sazón profesor en Rostock.

15 Marx y Kugelmann, carta 21 julio 1868; ver además, sobre la crítica de Faucher, carta de W. Eichoff a Marx, 29 junio 1868; Marx a Kugelmann, 11, julio 1868; Marx a Siegfried Meyer, 4 julio 1867; Marx a Engels. 11 julio 1868.

16 Acerca de esta nota crítica (la que figura con el No. 9 en nuestra lista) vease Kugelmann a Marx, carta 3 enero; Engels a Marx. 7 enero; Marir a Engels, 8 enero. Marx a Kugelmann, 11 enero; Kugelmann a Marx, 18 enero 1868; Marx a S. Meyer, 4 julio 1867

17 Marx a S. Mayer, carta 4 julio 1868.

18 Meissner a Marx, carta 27 enero 1869.

19 Meissner a Marx, carta 21 agosto 1868.

20 Meissner a Marx, carta 18 septiembre 1872. En las cartas del editor a Marx no se da ninguna cifra de tirada de la primera edición. Cabe inferir, sin embargo, sin mucho temor a equivocarse que la tirada de la primera edición de *El Capital*, descontando los ejemplares no destinados a la venta, fue de unos 1,000 ejemplares, o poco más.

21 Ver “Palabras finales” de Marx a la segunda edición, p. XXV.

22 Marx a Kugelmann, carta de 11 febrero 1869.

23 Marx a Engels, carta 6 marzo 1858. En efecto, Engels escribió un largo artículo en inglés para la *Fortnightly Review*, el cual no fue aceptado por la redacción, Este artículo ha sido publicado últimamente en el primer cuaderno (1926) de la revista del Instituto Marx –Engels, *Letopisi Marksisma (Anales de Marxismo)*.

24 Engels a Marx, carta 6 agosto 1868.

25 Marx a Kugelmann, carta 12 octubre 1868

26 *Der Vorbote*, Politische und Sozial–ökonomische Monauschrift. Zentralorgan der Sektionsgruppe deutscher Sprache der Intern. Arbeiter Assoziation, Ginebra, año II (1867), núm. de noviembre, p. 175. En efecto, el *Vorbote* hizo una intensa campaña de propaganda de *El Capital*; cfr. año II (1867), pp 63 s., 96, 143, 158 s., 174 s., 191; año III (1868). pp. 16, 48.

27 *Demokratisches Wochenblatt*, 1868, pp, 2 s., 13 s., 94 s., 116 s., 127 s. 134 s., 284 (suplemento), 267 s., 275, 278, 283 s., 291 s., 346: 1869, pp 107 s., 400 ss.

28 *Sozial-Demokrat*, núm. 94, de 24 abril
1868.

29 *Sozial-Demokrat* de 28 agosto 1868; *Demokratisches Wochenblatt* de 29 agosto 1868,
p.

275. Cfr. Mehring, *Politische Aufsätze und Reden von J. B. v. Schweitzer*, Berlín, 1912,
pp.

273 ss., y Mehring, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, t. III, pp. 322
s.

30 Meissner a Marx, carta 19 marzo
1872.

31 Marx a Siegfried Meyer, carta 30 abril 1867. Publicada íntegra en el *Vorwärts* de Berlín,
núm. 323. de 8 diciembre 1913